

A mi querido Meursault.

**A**l señor X le pareció que el concurso de moda en la televisión sería fácil para él. Se trataba de acertar preguntas de cultura general con alguna que otra pregunta más específica de determinados campos del saber. Envío un *sms* con el lema QUIEN SABE GANA al 1404 y, al otro día, recibió una llamada de la secretaria del concurso para hacerle una entrevista con el fin de seleccionarlo como concursante para el programa de la semana siguiente.

Como el señor X era una persona bien educada y de aspecto muy agradable, pasó sin problemas la entrevista —digamos la selección—, que consistió en un breve resumen de su currículum: su trabajo, sus aficiones, sus gustos, su estado civil... También le preguntaron acerca de si conocía el *funcionamiento* del concurso y sobre los motivos que lo habían llevado a presentarse como concursante. De todo salió airoso, como él sabía que iba a salir.

El señor X, que era Doctor en Sociología, tenía, como cualquier Doctor en Sociología, el mundo entero en su cabeza; y lo tenía, además, perfectamente ordenado en tablas y gráficos. Para que podamos hacernos una idea, pensemos en aquellas personas que son más rápidas operando mentalmente que una calculadora solar Casio o que

un reloj de pulsera-calculadora. Pues el señor X manejaba más datos y los analizaba mentalmente con mayor rapidez que el *Statistical Product and Service Solutions*. Así era el señor X.

El señor X conocía al que sería su contrincante en el concurso. Llevaba ya cuatro semanas sin que nadie lo hubiese derrotado y acumulaba unas ganancias por valor de veinte mil euros. Se llamaba Y, y también era Doctor en Sociología. También muy listo. El señor Y no pasó de su enfrentamiento con el señor X, que venció de una manera casi insultante, demostrando ser más doctor y más sociólogo que él. Al señor Y le dieron un cheque enorme por valor de veinte mil euros para hacerse fotos y otro pequeñito para que fuera al banco a cobrarlo, también por un importe de veinte mil euros, cuya mitad se llevó Hacienda, aunque no se presentara al concurso.

Resulta fácil adivinar qué ocurrió con el señor X: fueron pasando semanas y semanas sin que nadie fuera capaz de derrotarlo, se hizo popular en el país entero y la gente estaba pendiente del concurso y de si habría alguien más listo y más culto que el señor X. No, no había nadie más culto que él. Decayó notablemente el número de personas que querían concursar, decayó, asimismo, el número de espectadores. Aquí comenzaron los problemas que llevaron a la desgracia más absoluta al señor X. Veamos cuáles fueron:

El descenso de oyentes implicó el descenso de ganancias, y el descenso de ganancias pronto se convirtió en pérdidas. Pero el señor X seguía

acertando preguntas y acumulaba ya más de diez millones de euros. Nadie de entre los ejecutivos de la productora sabía cómo se podría parar aquella catástrofe económica que se les venía encima, poniendo en peligro sus puestos de trabajo, su nivel de vida, sus primeros planos, sus camerinos, su fama, su popularidad, sus carreras... Hasta que a uno que tenían allí de becario, viendo peligrar su beca-que-no-llegaba-a-mil-euros-pero-que-era-todo-lo-que-tenía, se le ocurrió decir que tal vez él tendría una solución satisfactoria.

—*Y éste, ¿quién es? ¿Quién es éste?*, preguntó el presidente de la compañía.

—*Éste es de la parte becario de la empresa, señor*, contestó un lameculos.

—*Pues que hable, coño, que para eso lo tenemos aquí, que se gane el dinero que le damos.*

Todos obedecieron, y el becario expuso sus ideas, las cuales tuvieron por buenas los ejecutivos en vista de que no tenían otras mejores.

El becario Z, que no había hecho una gran carrera, pero que había leído a Borges y a Dante bastante bien, le propuso un reto al señor X: puesto que ya nadie quería enfrentarse a su más que enciclopédico saber, debería enfrentarse a Wikipedia del siguiente modo: el concurso pasaría a emitirse a diario y le seguirían haciendo preguntas. En el caso de que no acertase, la azafata de las piernas interminables y del escote en erupción buscaría la respuesta en la web y, de existir en Wikipedia, el señor X perdería y se iría a su casa con el dinero acumulado hasta ese día.

A partir de aquí, todo fue rodado para la productora. Lejos de preguntas complicadas como pudieran ser las relacionadas con la evolución de las vanguardias artísticas en Kazajstán o sobre temperaturas medias en diferentes puntos del planeta durante la primera mitad del siglo XX, le preguntaban sobre capitales del mundo, ríos, deltas, presidentes de Estados Unidos, reyes godos, califas, raíces cuadradas, logaritmos, alineaciones de selecciones de fútbol en diferentes partidos de estos dos últimos siglos, campeones mundiales de billar a tres bandas, de bádminton, de críquet, es decir, lo típico.

El señor X lleva acumulados más de trescientos millones de euros y sigue sin fallar a las preguntas. Son ya muchos años concursando a diario. Hace tiempo que tuvo que dejar su trabajo de eminente sociólogo para dedicarse al concurso, que se emite a las tres de la madrugada, aunque se graba durante el día. Su mujer lo ha dejado por otro. Por otro concurso, claro, no por otro Doctor en Sociología. Cada día, cuando el señor X sale de grabar el programa, se dirige a la Beneficencia a por una taza de caldo y unos cartones para no tener frío y pasar la noche en algún banco. A veces, de madrugada, se ve a sí mismo en el televisor de los escaparates de El Corte Inglés. Trescientos millones de euros. Espera no morir de hambre o de frío antes de perder el concurso y llevarse el cheque. Pero espera, también, demostrar al mundo que nadie sabe más que él, y mucho menos Wikipedia.